

que la nada no puede pensar, y una misma cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo. Estas verdades que comienzo á conocer, y cuyo descubrimiento me ha costado tanto, son muy pocas en número. Si me detengo en ellas, entre todos los séres de la naturaleza solo me conozco á mí mismo; y esta soledad me llena de horror. Además de eso; si yo me conozco, me conozco muy poco, es cierto que yo soy una cosa que se conoce á sí misma, y cuya naturaleza consiste en conocer: pero ¿de dónde procedo? ¿he salido de la nada, ó he existido siempre? ¿quién ha podido hacer que comenzara á pensar? Todo esto que veo al rededor de mí ¿es alguna cosa real y verdadera? ¡Oh verdad! ya comienzas á lucir á mis ojos. Veo apuntar un débil rayo de luz que amanece sobre el horizonte en medio de una profunda y tenebrosa noche: acaba, ¡oh verdad! de penetrar las tinieblas; desenvuelve el caos en que me hallo sumergido. Me parece que mi corazón está recto en tu presencia; no temo sino el error: tanto temo resistir á la evidencia, y no creer lo que merece ser creído, como creer con demasiada ligereza lo que es incierto. ¡Oh verdad! acércate á mí; muéstrate con toda tu pureza; véate yo, y con tu vista quedaré harto.

CAPITULO IV.

La existencia de nuestro sér finito y variable demuestra la existencia de un ente necesario é infinitamente perfecto.

A pesar de cuantos esfuerzos he hecho para dudar, no puedo dejar de creer con seguridad muchas verdades. La primera es, que yo pienso cuando dudo. La segunda es, que soy un sér que piensa, ó cuya naturaleza es pensar; porque de mí aun no conozco mas que esto. La tercera, de la cual dependen las dos antecedentes es, que una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo; porque si pudiera ser y no ser al mismo tiempo, yo tambien podria pensar y no ser. La cuarta es, que mi razon no consiste sino en mis ideas claras; y que por consiguiente puedo afirmar de una cosa todo lo que se encierra claramente en su idea: de otro modo no podria inferir que existo, porque pienso. Este raciocinio no tiene fuerza ninguna sino porque la existencia se encierra claramente en la idea del pensamiento; porque pensar es una accion y un modo de ser. Luego con este ejemplo se hace evidente, que se puede asegurar de una cosa todo lo que se encierra claramente en su idea: titubear despues de esto, ya no es exactitud y firmeza de una alma que duda de todo lo que es dudoso; es

ligereza é irresolucion de un espíritu fluctuante, que no sabe formar un juicio firme, que no abraza ni sigue ninguna cosa, que deja escapar la verdad que conoció una vez, y que con cualquiera pensamiento vago deja conmover las mas íntimas convicciones.

Sentado una vez este fundamento inmóvil, me regocijo de conocer alguna verdad, ella es mi verdadero bien. Pero ¡cuán pobre soy! Mi espíritu se encuentra reducido á cuatro verdades; y no puedo ir mas adelante sin temer caer en el error. Lo que conozco es casi nada: lo que ignoro es infinito; pero puede ser que de lo poco que conozco saque insensiblemente algun nuevo conocimiento acerca de lo infinito que no sé.

Conozco este *yo* que piensa, y á quien doy el nombre de espíritu. Fuera de mí, aun no conozco nada; aun no sé si hay otro espíritu que el mio, aun no sé si hay cuerpos. Es cierto que yo creo percibir un cuerpo, quiero decir, una estension que me es propia, que agito á mi arbitrio, y cuyos movimientos me causan dolor ó placer. Tambien es cierto, que creo ver otros cuerpos semejantes al mio con corta diferencia, de los cuales unos se mueven y otros están inmóviles al rededor de mí: pero me atengo firmemente á mi regla inviolable, que es el suspender mi juicio respecto de las cosas que aun no conozco con evidencia. No sola-

mente todos estos cuerpos que me parece percibir, sino tambien todos los espíritus, que parec parecer forman una sociedad conmigo, y me comunican sus pensamientos, y están atentos á los míos, pueden ser una pura ilusion de mi entendimiento. Puede ser que exista yo solo en toda la naturaleza.

¡No sé por esperiencia, que cuando duermo creo ver, oír, tocar, oler y gustar mil cosas que ni existen ni existirán? Todo lo que hace impresion en mí durante el sueño, lo llevo yo en mi interior, y fuera no hay ninguna cosa real. Ni los cuerpos que me imagino sentir, ni los espíritus con quienes creo conversar, son cuerpos ni espíritus: ellos no son, por decirlo así, sino mi error. ¡Quién me asegurará, pues, que toda mi vida no es un puro sueño y un encanto, que con ninguna cosa se puede disipar? Debo, pues, necesariamente suspender el juicio respecto de todos estos entes que sospecho ser quiméricos. Rechazándome de este modo todas las cosas que me imagino ver fuera de mí mismo, vuelvo á entrar en mi interior, y me pasmo otra vez al verme en esta soledad que hallo dentro de mí. Me busco, me estudio, veo bien que existo; pero no sé cómo existo, ni sé si he comenzado á existir, ó cómo he podido adquirir la existencia. ¡Oh prodigio! no estoy seguro sino de mí mismo: y este *yo*, en que me encierro, me ad-

mira, me confunde, me es muy superior, y se me escapa siempre que lo quiero comprender.

Pero ¿me he hecho yo á mí mismo? No: porque para obrar es necesario existir: la nada no hace ninguna cosa: luego para hacerme á mí mismo, debería haber existido antes de comenzar á ser; y esto es una contradiccion manifiesta. ¿He existido siempre? ¿existo por mí mismo? Me parece que no he existido siempre. Yo no me conozco á mí mismo sino por el pensamiento; porque soy un sér que piensa: si siempre hubiera existido, siempre hubiera pensado; y si siempre hubiera pensado ¿no me acordaria de mis pensamientos?

Lo que yo llamo memoria es una facultad que me hace conocer lo que pensé en otro tiempo. Mis pensamientos reflexionan sobre sí mismos; de modo que pensando, conozco que pienso; y mi pensamiento se conoce á sí mismo; y aun despues que ha pasado, me ha quedado un conocimiento de él, que hace que lo encuentre cuando quiero buscarlo: y esto se llama memoria. Así es muy regular que si hubiera pensado siempre, me acordara que habia pensado.

Pero tambien ha podido suceder que alguna causa incógnita y estraña, algun sér poderoso y superior al mio, le haya quitado á mi espíritu la percepcion de sus antiguos pensamientos, y haya producido en mí lo que se llama olvido. Efecti-

vamente experimento que algunos pensamientos se me van de modo que no los encuentro mas: tambien hay algunos que se pierden de modo que me parece no haberlos tenido jamas. Pero ¿cuál será este sér estraño y superior al mio, que hubiera impedido á mi pensamiento el reflexionar sobre sí mismo, y conocer su existencia, como lo hace naturalmente? En esta incertidumbre suspendo mi juicio segun mi regla, y me voy por otro lado para seguir un camino mas corto.

¿Existo yo por mí mismo, ó me ha hecho existir algun otro sér? Si existo por mí mismo, se sigue que he existido siempre; porque (para esplicarme así) tengo esencialmente en mi interior la causa de mi existencia: y lo que me hace existir hoy, debió hacerme existir por toda la eternidad; y no como quiera, sino de un modo inmutable. Si al contrario, hay algun otro que me hace existir de un modo variable y participado, el que me ha hecho existir, me ha hecho pasar de la nada al sér que tengo.

El que dice pasar de la nada al sér, dice una sucesion en la que se comienza á existir, y es lo que nada es antes que la existencia. Todo consiste, pues, en examinar si existo ó no existo por mí mismo. Este exámen lo podré hacer sin error, con tal que eche mano á una de mis reglas principales, que es como la llave universal de la ver-

dad, y consiste en consultar mis ideas, no afirmando sino lo que vea en ellas claramente.

Antes de entrar en este exámen necesito reunir algunas cosas, que me parecen muy ciertas. El sér, la bondad, la verdad son una misma cosa. Ved aquí por qué. La bondad y la verdad no pueden convenir á la nada; porque la nada no puede ser verdadera, ni tener ningún grado de bondad: luego la verdad y la bondad no pueden convenir sino al sér. Del mismo modo, el sér no puede convenir sino á lo que es verdadero: porque lo que es enteramente falso, es nada, y lo que en parte es falso, tampoco existe sino en parte. Lo mismo sucede con la bondad: lo que solamente es un poco bueno, solamente tiene un poco de sér: lo que es mejor, tiene mas sér: lo que no tiene ninguna bondad, no tiene sér ninguno. El mal no es una cosa real, solamente es la ausencia del bien: como la sombra no es mas que la ausencia de la luz.

Es cierto que hay algunas cosas muy reales y positivas, que llamamos malas; pero no son tales por su naturaleza real y positiva, que es buena en sí misma y en todo lo que abraza, sino por la privacion de ciertos bienes que debian tener y no tienen. No puedo, pues, engañarme creyendo que la verdad y la bondad no son mas que el mismo sér. Siendo la verdad y la bondad entes reales, y

no teniendo otra realidad que la del sér, se sigue con evidencia que sér verdadero, sér bueno, y sér simplemente dicho, son una misma cosa. Y así como puedo concebir que una cosa es mas ó menos, puedo concebir tambien que es mas é menos verdadera, mas ó menos buena.

Sentados una vez estos principios, vuelvo al Sér que existiria por sí mismo; y veo que estaria en el mas alto grado de perfeccion. Lo que tiene el Sér por sí mismo, es eterno é inmutable: porque siempre tiene igualmente en su naturaleza la causa y la necesidad de su existencia. No puede recibir ninguna cosa de afuera: lo que recibiera de este modo nunca podria hacer una cosa con él, ni por consiguiente perfeccionarlo: porque una naturaleza comunicada y variable, nunca podrá unirse á otra que existe por sí misma y es incapaz de mutaciones, de modo que las dos hagan un solo sér. La desproporcion y distancia que habria entre una y otra seria infinita; y así nunca podrian hacer un todo verdadero. Luego nada se puede añadir á su verdad, á su bondad, á su perfeccion. Es por sí mismo todo lo que puede ser, y nunca puede ser menos de lo que es. Existir de este modo, es existir en el mas alto grado del sér, y por consiguiente en el mas alto grado de la perfeccion.

Dadme un sér participado y dependiente, é idle dando perfecciones mientras querais, dándole siem-

pre mas y mas: siempre será infinitamente inferior al que existe por sí mismo. Un ente participado, variable, capaz de perder y de recibir, salido de la nada, y espuesto á volver á ella á cada instante, ¿cómo se ha de comparar con un ente necesario, independiente, inmutable; con un ente que por su independenciam nada puede recibir de otro, que siempre ha existido y siempre existirá, y que tiene en sí mismo todo lo que él debe ser?

Supuesto, pues, que el ente que existe por sí mismo aventaja con tanto esceso á cuantos entes criados se pueden concebir, por mas perfectos que los hagamos; se sigue que un ente que existe por sí mismo, está en el supremo grado, y que es por consiguiente infinitamente perfecto en su esencia.

Falta saber ahora, si este *yo* que piensa, que raciocina, que se conoce á sí mismo, es un ente inmutable y que subsiste por sí mismo, ó no lo es. Esto que llamo *yo*, esto que llamo *mi espíritu*, está infinitamente apartado de la perfeccion infinita. Yo ignoro, me engaño, me desengaño, ó me parece que me desengaño, dudo [y frecuentemente la duda es el mejor partido que puedo tomar], algunas veces amo mis errores, me obstino en ellos, temo desengañarme, procedo con mala fé, y digo lo contrario de lo que pienso: recibo las instrucciones de otros, y por consiguiente recibo de ellos la verdad; y lo que es mas que todo esto, yo quiero

y no quiero, tengo una voluntad variable, incierta, contraria á sí misma. ¿Puedo creerme absolutamente perfecto entre tantos defectos y mutaciones, entre tantas ignorancias y errores involuntarios y aun voluntarios? Si es evidente que no soy infinitamente perfecto, tambien lo es que no existo por mí mismo. Si no existo por mí mismo, he recibido de otro la existencia; porque ya he visto claramente que no he podido producirme á mí mismo. Si he recibido la existencia de algun otro, éste que me ha hecho pasar de la nada al sér, debe existir por sí mismo y ser infinitamente perfecto. El que hace pasar una cosa de la nada al sér, no solamente debe tener el sér por sí mismo, sino que debe tener tambien un poder infinito para comunicarlo; porque desde la nada hasta la existencia hay una distancia infinita. Luego este sér, que existe por sí mismo y me ha dado á mí la existencia, es infinitamente perfecto: y esto es lo que se llama Dios.

Todas estas proposiciones son claras, y al enlazarse entre sí nada encuentro que me pueda detener. Porque ¿de qué puedo dudar? ¿No es cierto, que el que existe por sí mismo, existe plena y perfectamente? El es, si es lícito hablar así, el que *mas es* entre todos los séres, y por consiguiente es infinitamente perfecto. Mi espíritu no es, pues, por sí mismo, porque no tiene esta perfeccion infinita; reconociéndolo no debo temer enga-

ñarme; y si dudase de ello, por poco que fuera, me engañaría bien groseramente. Es, pues, indudable que no existo por mí mismo, sino que existo por otro.

Ademas, si este otro ha salido de la nada, no ha podido sacarme de ella: el que no existe sino por otro, está tan lejos de poder dar el sér á otro, que ni aun puede por sí mismo conservarse en él. Hacer que lo que no era comience á sér, es disponer del sér en propiedad, y tener un poder infinito; porque no se puede concebir ningun grado de poder mayor que este. Luego el ente por quien existo, está en el supremo grado del sér y del poder; es infinitamente perfecto, y no hallo el mas frívolo pretesto para dudar de ello.

Este es por fin el primer rayo de verdad que luce á mis ojos. Pero, ¡qué verdad! la del primer Sér! ¡Oh Verdad, que por sí sola es mas preciosa que todas las demas verdades que puedo descubrir! ¡Verdad, que me sirve por todas las demas verdades! Ya no ignoro nada, supuesto que conozco á *El que es todo*; y todo lo que no es él, es nada. ¡Oh Verdad universal, infinita, inmutable! ¡Con que á vos misma es á quien conozco? ¡Vos sois quien me habeis hecho, y me habeis hecho para vos! Si yo no os conociera, seria como si no existiese. ¡Por qué he tardado tanto tiempo á conoceros? Todo lo que creia ver sin vos, no

era verdadero, porque ninguna cosa hay que pueda tener un grado de verdad sino por vos sola, ¡oh Verdad primitiva!

Hasta ahora no he visto mas que sombras; toda mi vida no ha sido mas que un sueño. Confieso que todavía conozco pocas verdades, pero no es la multitud la que yo busco. ¡Oh Verdad preciosa! ¡Oh Verdad fecunda! ¡Oh Verdad única! En vos sola lo encuentro todo, y se sacia mi curiosidad. Todos los séres salen de vos como de su fuente. En vos encuentro la causa inmediata de todo: vuestro poder, que es sin límites, me absorbe todo entero en su contemplacion. Desde el punto que os he descubierto, he encontrado la llave de todos los misterios de la naturaleza. ¡Oh maravilla que me esplica todas las otras maravillas! Vos sois incomprendible; pero me lo haceis comprender todo: sois incomprendible, y me regocijo de que lo seais. Vuestra infinidad me admira y me sorprende; pero eso mismo es lo que me consuela: un exceso de placer me arrebata al ver que sois tan grande que no alcanzo á veros por entero: en esta infinidad conozco que vos sois el Sér que me ha sacado de la nada. Mi espíritu cede oprimido con el peso de tanta majestad. ¡Feliz una y mil veces en bajar los ojos cuando no puede sostener con su vista débil el resplandor de vuestra gloria!

CAPITULO V.

La idea clara que tengo de un sér y perfeccion infinita, demuestra la existencia de un ente infinitamente perfecto, que la imprimió en mi alma.

CUANTO he observado hasta ahora me hace ver que tengo en mí mismo la idea del infinito, ó de una perfeccion infinita. Es verdad que yo no puedo comprender el infinito, ó que no puedo conocerlo tanto como él se puede conocer; pero no por eso debo admirarme, pues ya he visto que mi inteligencia es finita, y que por consiguiente no puede igualar á lo que es infinitamente inteligible. Pero con todo eso, tengo una idea exacta del infinito; pues distingo claramente lo que le conviene y lo que no le conviene, y jamas me detengo para escluir de él todas las propiedades de los números y cantidades finitas.

La idea que tengo del infinito tampoco es confusa ni negativa; porque el modo con que me represento yo al infinito no es escludiendo de él todo límite. El que dice límite, dice una pura negacion: al contrario, el que niega ó escluye esta negacion afirma una cosa muy positiva. Luego la voz infinito, aunque en mi lengua parezca una voz negativa que quiere decir no finito, es muy

positiva, porque significa una cosa real. Al contrario, la palabra finito es negativa, porque significa una verdadera privacion. No hay cosa mas negativa que un límite ó término; porque el que dice término niega toda estension ulterior. Debo, pues, acostumbrarme á mirar como positiva la palabra *infinito*, y como negativa esta otra, *finito*. Dos negaciones hacen una afirmacion: de donde se sigue que la negacion absoluta de toda negacion, es la espresion mas positiva que se puede concebir, y la afirmacion mas significativa que se puede decir. Luego esta voz *infinito*, en fuerza de su significacion, es infinitamente afirmativa; aunque parezca negativa si la consideramos gramaticalmente. Negando todo límite, concibo una cosa tan exacta y positiva, que me es imposible equivocarla con ninguna otra.

Dadme una cosa finita, aunque sea todo lo grande que querais, y haced que, á fuerza de esceder toda medida sensible, se represente á mi imaginacion como infinita: mi espíritu siempre la mirará como finita. Concibo un límite ó término, aun cuando no me lo puedo imaginar: no puedo señalar el punto donde está este término, pero sé seguramente que existe: y lejos de confundirse con el infinito, sé que dista infinitamente de la idea que tengo de él. Si alguno viene á hablarme del *indefinido* como de una cosa media entre lo infinito

y lo que tiene límites, le responderé, que esta palabra *indefinido* no puede significar ninguna cosa, á no ser que signifique una cosa verdaderamente finita, cuyos límites no llega á percibir la imaginación, aunque el entendimiento los comprende claramente. Pero todo lo que no es verdaderamente infinito, por mas grande que sea, está infinitamente distante de parecersele.

No solamente tengo idea del infinito, sino tambien de una perfeccion infinita. Perfecto y bueno son una misma cosa; la bondad y el sér tambien son la misma cosa: ser infinitamente bueno y perfecto, es ser infinitamente. Es cierto que yo conozco un ente infinito, é infinitamente perfecto [porque distingo claramente de él todo ente de perfeccion limitada, sin que haya nada que me los pueda hacer confundir]; luego es cierto tambien que yo, aunque finito, llevo en mi interior una idea que representa una cosa infinita.

¿De dónde he sacado esta idea, que es tan superior á mí mismo, que me escede infinitamente, que me admira, que me hace desaparecer á mis propios ojos, y que me hace presente el infinito? ¿De dónde procede esta idea? ¿De dónde la he sacado? ¿De la nada? Ninguna cosa finita me la ha podido dar; porque lo finito no representa á lo infinito, á quien es infinitamente semejante. Si ningun finito, por mas grande que sea, puede dar-

me la idea del infinito verdadero, ¿cómo me la habia de dar la nada? Por otra parte, es bien cierto que yo no me la he podido dar á mí mismo; porque yo soy tan finito como todas las demas cosas de que pueda tener ideas. Estoy tan lejos de poder imaginar que haya yo inventado la idea del infinito, si no hay en el universo un infinito verdadero, que, aun suponiendo que hay fuera de mí un infinito real, no puedo comprender cómo ha hecho para imprimir en mí, que soy un ente limitado, una imájen tan parecida á su naturaleza infinita. Es preciso, pues, que la idea del infinito me haya venido de afuera; y aun así, me admiro de que haya podido entrar en mi alma.

¿De dónde viene, pues, vuelvo á preguntar, esta representacion maravillosa de lo infinito, que toca al mismo infinito, y no se parece á ninguna cosa finita? Ella está en mí y es mas que yo: me parece que ella es todas las cosas, y yo soy nada: no puedo borrarla, ni oscurecerla: no puedo debilitarla, ni contradecirla. Ella está en mí, sin que yo la haya puesto: en mi alma la encontré, y no la hubiera encontrado si no hubiera estado allí antes que yo la buscase: allí está invariablemente, aun cuando yo no pienso en ella y estoy distraido en otras cosas. La encuentro siempre que la busco; y muchas veces aun sin buscarla se me presenta: no depende ella de mí, yo soy el que de-

pendo de ella. Si me estravió me llama, me corrije, rectifica mis juicios; y aunque yo la examine no puedo corregirla, ni juzgarla, ni dudar de ella: ella es la que me juzga y me corrije á mí.

Si esto que yo percibo, es un infinito presente á mi espíritu, éste debe existir. Si al contrario, no es mas que una representacion del infinito que se imprime en mí, esta imájen del infinito debe ser infinita; porque ninguna cosa finita se parece en nada al infinito ni puede representarlo verdaderamente. Luego lo que representa verdaderamente al infinito debe ser infinito de algun modo, para parecersele y representarlo. Será, pues, esta imájen de la divinidad un segundo Dios, semejante en la perfeccion infinita al primero. Pues ¿cómo habrá podido recibirla y contenerla un espíritu limitado como el mio? Por otra parte, ¿quién habrá hecho esta representacion infinita de un ente infinito para dármela? La imájen infinita del infinito ¿se habrá hecho por sí misma, sin tener original á donde atender, ni causa real que le dé el sér? Pero ¿á dónde voy? ¿Qué cúmulo de extravagancias! Debo inferir necesariamente, que el ente infinitamente perfecto es lo que se presenta á mi espíritu cuando lo concibo.

Ya lo habia encontrado cuando descubrí que debe haber en la naturaleza un ente que existe por sí mismo, y que por eso ha de ser infinitamente

perfecto. Conocí que yo no podia ser este ente, porque disto infinitamente de la perfeccion infinita; conocí que él está fuera de mí y me ha dado el sér. Ahora conozco que tambien me ha dado una idea de sí mismo, haciéndome concebir una perfeccion infinita que no puedo equivocar con ninguna otra cosa: de modo que desecho sin titubear cualquiera perfeccion limitada que se me presenta, y le digo: “No eres tú mi Dios; ni eres infinitamente perfecta; ni existes por tí misma: por mas perfecta que seas, hay un punto de donde no pasas. No es así mi Dios, que es todas las cosas: él es, y no deja de ser; es, y no tiene grado ni medida de su sér; es, y ninguna cosa tiene sér sino por él: así es como lo concibo yo, y así debe ser él.”

Pero ¿cómo puedo concebirlo yo, siendo débil, finito y defectuoso? Es preciso que él no solo sea el objeto de mi pensamiento, sino tambien la causa que me hace pensar; así como es la causa que me hace ser; y que levanta una cosa finita á conocer lo infinito. Ved ahí el prodigio que llevo siempre en mi interior. Yo mismo soy un prodigio: no siendo nada, ó al menos no siendo mas que un sér participado, finito y pasajero, toco lo infinito y lo inmutable que concibo: por eso no puedo comprenderme á mí mismo: lo abrazo todo, y soy nada: soy un nada que conoce al mismo infi-

nito. Me faltan las palabras para admirarme y despreciarme al mismo tiempo.

¡Oh Dios! *El mas Sér* de los séres! ¡Oh Sér, delante de quien yo soy como si no fuera! Vos os manifestais á mi espíritu, y ninguna cosa se os puede asemejar ni parecer. Yo os veo: sí, os veo á vos mismo; y este rayo de luz que sale de vuestro semblante, sacia mi corazon, mientras no llega á ver toda la luz de la verdad.

CAPITULO VI.

La idea del ente infinitamente perfecto tiene una conexion necesaria con su existencia.

La regla fundamental de la certidumbre, que establecí al principio, me descubre evidentemente la verdad del primer Sér. He dicho, que si la razon es razon, no consiste en otra cosa que en consultar fiel y sencillamente mis ideas: aunque por ella juzgo de todas las cosas, no la puedo juzgar. Si alguna cosa me parece cierta y evidente, es porque mis ideas me la representan como tal, y ya no tengo libertad para dudar de ella. Si al contrario, alguna cosa me parece falsa y absurda, tambien consiste en que mis ideas le repugnan. En una palabra, en todos mis juicios, tanto afir-

mativos como negativos, mis ideas inmutables son siempre las que deciden de lo que pienso. Debo, pues, ó renunciar para siempre á toda razon (cosa que no puedo hacer), ó seguir mis ideas sin temor de engañarme,

Cuando examino si la nada puede pensar. en vez de hacer un exámen serio, me veo tentado á reir: ¿en qué consiste eso? En que la idea del pensamiento incluye la idea de alguna cosa real y positiva, que solo conviene al ente. Con solo atender á esta idea, descubro una estravagancia en mi cuestion. Lo mismo sucede en otras cosas. Preguntad á un niño de cinco años, si la mesa de su gabinete se pasea ó juega con él: se echará á reir en vez de responderos. Decidle á un rústico labrador, si los árboles de su campo le tienen amistad; si su arado tiene mucho talento: responderá que os burlais de él. En efecto, todas estas cuestiones tienen una estravagancia, que chocan aun al labrador mas ignorante y al niño mas inocente. Pues ¿á qué se reduce, y en qué consiste precisamente esa estravagancia? Consiste, dirá alguno, en que choca al sentido comun. Pero ¿qué es este sentido comun? No es mas que las primeras nociones que todos los hombres tienen igualmente de las mismas cosas.

Este sentido comun, que es el mismo siempre y en todas partes, que precede á toda discusion, que